

El rostro

Tim Lebbon

Traducción:  
Raquel Faes Díaz



# Libros publicados de Tim Lebbon

## 1. El rostro

Título original: *The Face*

Primera edición

© Tim Lebbon, 2001

Ilustración de cubierta: John Picacio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-538-7 Depósito legal: B-614-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Para el abuelo y la abuela, dondequiera que estéis.  
Formabais un buen equipo.

Más tarde, todos se preguntarían cómo no habían adivinado la verdad. Estaba esperando bajo la nieve, pero después de subirse al coche no parecía tener frío, su respiración no formaba ningún vaho y su aspecto denotaba calma y serenidad. No actuaba como un hombre que necesitase ayuda.

En un primer momento, cuando se aproximaron a él, parecía un árbol que hubiera sido quebrado por un rayo décadas atrás y que hubiera quedado reducido a un muñón de menos de dos metros de altura, orgulloso entre los bancos de nieve, como esforzándose aún por alcanzar el sol. Después giró el rostro y su sombra hizo lo mismo una fracción de segundo más tarde, o quizá no. Seguía nevando copiosamente y el viento cubría la carretera y la oscuridad que se adivinaba al final de un manto de copos de nieve. Puede que esta fuese la razón por la que al principio los faros no habían detectado su presencia del todo. Durante un instante, el espacio que ocupaba en el mundo fue un agujero negro que se tragaba toda luz y lógica, toda incredulidad y duda.

Minutos más tarde lo identificaron como un ser humano, y no hicieron caso de las efímeras dudas y preocupaciones que habían sentido en el primer momento. Sin embargo, estos miedos regresarían con el tiempo, y la familia, Dan, Megan y Nikki, intentaría distinguir la verdad de las mentiras. Y de ese modo descubrirían, también, que el odio induce a errores, el temor distorsiona las cosas y el amor ciega. Para empezar, pensaron que no corrían ningún peligro.

---

Había días en los que Nikki quería volver a ser una niña.

Llevaban cuatro horas de trayecto para lo que se suponía que tenía que ser un viaje de dos. Nikki había empezado a marearse, quería preguntar si quedaba mucho y necesitaba ir al baño, pero sabía que sus padres no estaban de humor para nada de eso. Después de todo, era una adolescente con unas normas de comportamiento que acatar, de modo que se limitó a recostarse en su asiento y mantener la boca cerrada mientras se preguntaba por qué estos sentimientos parecían aumentar en su interior. Creía que el enfado y la angustia supuestamente desaparecían al terminar la pubertad.

A través de su ventana, la nieve formaba sombras extrañas que parecían parpadeantes secuencias de una película sobre las nebulosas criaturas de las profundidades.

Hoy todo estaba blanco. En la radio habían dicho que se trataba de una nevasca, término que solo había oído en televisión, y además referente a países como los EE. UU., Suiza, o la Antártida. En Gran Bretaña nunca había habido una ventisca, de eso estaba segura. Desde luego, tampoco en Monmouthshire, no le cabía ninguna duda. No, no podía ser, algo así sería demasiado emocionante.

Discernió algo que le era familiar (una pequeña caseta de vigilancia identificable tan solo por su contorno, ya que la ventisca borraba sus dimensiones y su color), y entonces supo que ya estaban a unos pocos kilómetros de casa.

Su padre iba al volante, y su figura, oscura, jorobada, y enfundada en ropa de abrigo, le hacía parecer una crisálida sentada en el asiento del conductor. Nikki se pasó unos cuantos ociosos minutos especulando sobre en qué se convertiría, para así desviar su mente de la incomodidad de su hinchada vejiga. Casi todas sus ideas eran malas. Papá no se convertiría en mariposa, sino en polilla. Su madre había dicho que había perdido contacto con su juventud (la infantil capacidad de maravillarse, la frescura, los milagros) muchos años atrás. Conservaba unos cuantos libros viejos, pero su interés por ellos era como una fotografía de su niñez: más nostálgica que actual. A menudo pensaba en preguntarle en qué momento exacto

se había hecho viejo, pero averiguarlo le daba demasiado miedo. Lo aterrizzaba que hubiese sido después de su nacimiento.

Del borde de la carretera apareció un bosque, y detrás de él su casa y otra rodeadas de praderas y árboles cuyas ramas estaban a rebosar y a punto de resquebrajarse. Nikki se imaginaba diferentes sombras que recortaban la luz de los faros y siluetas que se mezclaban con los árboles, todo ello vistas fugaces de elementos desconocidos. Pero ahí fuera solo había nieve. Una nieve silenciosa e insistente que sepultaba el mundo que conocía bajo su engañosa mortaja...

Su madre dejó escapar un suspiro y su padre cambió de marcha de mala gana. No era ni el momento ni el lugar para dejar volar la imaginación; de lo contrario, esta se vería frustrada por el ambiente emocionalmente nulo y estéril que los envolvía. Así que Nikki se puso a pensar en The Rabids, en cuándo confirmarían su primer concierto, dónde sería y qué cazatalentos de qué compañía discográfica estarían allí para verlos actuar.

—Pobre diablo —dijo su padre.

—Es un árbol —murmuró su madre.

Nikki se asomó entre los dos asientos delanteros y trató de ver algo a través del parabrisas empañado. Vio como una sombra surgía de entre la nieve en el lateral de la carretera. Una atrevida silueta erguida en medio de la peor tormenta que la naturaleza podía engendrar, que se giró y se quedó mirando al coche a medida que este se aproximaba. En el temprano crepúsculo del atardecer traído por la ventisca, su mirada interceptó los faros y los iluminó en dirección contraria.

*Qué romántico, pensó Nikki, ¡un desconocido bajo la nieve! Me lo imagino sentado en el coche a mi lado, empapado y tembloroso, pero esforzándose para sonar educado y agradecido por haberle recogido. Estaría tan solo a unos centímetros de mí, con un hormigueo recorriéndole la piel a medida que recuperase la circulación normal, y si yo me acercase un poco, sentiría mi calor... Pero ¿cómo sé que es un chico y no una chica?*

—Tienes que recogerlo —dijo Nikki.

—Es un autoestopista —replicó su padre.

—Papá, no fastidies...

—¡Nikki!

Ella chasqueó la lengua y se disculpó por su lenguaje.

—Perdona, mamá.

Y a continuación pensó: *Bueno, pues, papá, no jodas.*

Su padre aminoró la marcha del Land Rover Freelander mientras se acercaba a aquella figura humana, obviamente ansioso por descubrir quién querría o podría estar ahí fuera con una tormenta tan horrible. La silueta pareció crecer más rápido de lo que permitía la perspectiva, y hasta el momento en que el vehículo se detuvo, el sujeto permaneció justo enfrente de ellos, con las manos desnudas alargadas hacia el calor que desprendía el capó y con la cabeza echada hacia atrás para atrapar copos de nieve con su seca lengua gris.

Era un chico.

Tenía el pelo largo y negro, y bajo la escasa luz brillaba como el cuero. Sus pómulos eran tan prominentes y angulosos que podían retener unos cuantos copos de nieve congelados durante un rato. Tenía los ojos cerrados, de modo que sobre sus párpados también se concentraban los copos, como si fueran monedas de un centavo blancas sobre los ojos de un cadáver.

*Hostia puta, pensó Nikki, ¡es un jodido dios!*

En ese momento, el autoestopista abrió los ojos y atravesó el parabrisas con la mirada. Nikki oyó a su madre murmurar algo para el cuello de su camisa, y su padre emitió un grito ahogado. Nikki, por su parte, solo podía asentir para ella misma: era un dios.

—¡Por aquí! —Su padre hizo señas al hombre para indicarle que se acercase por el lado del asiento del copiloto del Freelander. Se giró sobre su asiento y sonrió a Nikki mientras le decía: — Cariño, abre la puerta y déjale subir. El pobre hombre debe de estar medio congelado.

La sombra abandonó la luz de los faros y dejó atrás la ventana del asiento del copiloto, que ocupaba la madre de Nikki, con paso lento y arrastrado. Al caminar junto al coche, resquebrajó algunos cristales de hielo que se acumulaban sobre la pintura.

—Debería estar muerto —dijo la madre de Nikki.

Nikki se aflojó el cinturón de seguridad y abrió la puerta, por la que se colaron unos cuantos copos de nieve y una bocanada de aire sorprendentemente frío. Después apoyó la espalda en el respaldo y se acomodó en su rincón. En cuanto la firme silueta del extraño se asomó por la puerta, toda fantasía de compartir su calor con él se desvaneció.

—Ayúdenme, necesito que me orienten —susurró una voz. Durante un instante terrible, Nikki pensó que había sido su madre, quien tenía la mirada fija en el parabrisas y no se había girado para ver como el desconocido subía al coche. Sus labios no se movieron, pero la voz volvió a hablar.

—Ayúdenme.

—Nikki, ayúdale a subir.

Su padre le dio un golpecito en el hombro. Ella le echó una mirada rápida y su madre se giró para ver por qué tardaba tanto en hacer lo que se le pedía. Tenía un aire aburrido y cansado, y no temeroso, como Nikki había imaginado. Por supuesto, la voz de antes no había sido la suya. ¿Cómo podría serlo?

Esta vez se desabrochó el cinturón y se acercó a la puerta del coche. El hombre estaba intentando entrar, pero parecía demasiado débil para hacerlo solo. Su mano derecha yacía sobre la tapicería como un pez fuera del agua en sus últimos estertores de vida. Nikki le agarró de la mano y tiró. Estaba caliente, y no fría como ella había esperado, y en cuanto la rodeó lo que sintió fue fuerza, y no debilidad.

El hombre levantó la mirada y le dedicó una sonrisa de gratitud. Sus pupilas brillaban, y su piel era tan blanca como la cera de una vela, excepto por sus encendidas mejillas. Nikki recordó la escena de *Ben Hur* en la que Charlton Heston daba un vaso de agua a Jesucristo y Él le dedicaba una mirada. No se le veía el rostro, de modo que tenía que adivinar su expresión, y este misterio lo hacía todo más enigmático..., pero de ahora en adelante ya no necesitaría seguir conjeturando.

El hombre se dispuso a subir al coche y Nikki tuvo que fijar los pies en el suelo, porque resbalaba de su asiento. Él era corpulento y pesado, y estaba tirando de ella. Estuvo a punto de gritar (el pánico



empezaba a dominarla, y también un miedo helado por pensar en abducciones, violaciones y todo lo que leía en los periódicos cada día), pero justo en ese momento él se sentó, dejó escapar un suspiro, cerró la puerta tras él y apoyó la cabeza en el asiento.

*Intentaba arrastrarme hacia fuera, pensó Nikki, hacia la nieve.*

—Esta noche hace muchísimo frío—comentó el hombre, casi sin aliento—. Gracias por recogerme. —Seguía cogido de la mano de Nikki.

Ella dejó de apretársela y se soltó un instante después. Sin la mano del extraño envolviendo la suya para calentarla, la sentía fría.

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera? —Su padre se había dado la vuelta y estaba desenroscando el tapón de su petaca.

—Esperar a que alguien me recogiera.

—¿Te han dado plantón?

El hombre negó con la cabeza. El asiento quedó húmedo por los copos de nieve que le llenaban el pelo y que ahora empezaban a derretirse.

—No, todavía no.

—¿Cómo se te ocurre hacer autoestop con este tiempo? —El padre de Nikki le ofreció beber de su petaca.

El hombre sonrió, asintió y le dio un largo y ruidoso trago con los ojos cerrados.

—*Hmm... Jameson's.* —Mientras aguardaban su respuesta, se formó un incómodo silencio. Dio otro trago y le devolvió la petaca al padre de Nikki—. Muchísimas gracias. —Y a continuación giró la cabeza y se puso a mirar por la ventana.

—¿Cuánto llevas ahí fuera? —le preguntó Nikki, que seguía apoyada contra la puerta en un intento de protegerse de este desconocido, que parecía ocupar casi todo el espacio del asiento trasero.

El Freelanders era un vehículo espacioso, pero ella podría fácilmente haber extendido la mano y haber alcanzado su cara desde donde se encontraba. Tampoco es que tuviese ganas de hacerlo. O, al menos, no demasiadas.

El hombre se volvió para mirarla y dibujó el indicio de una sonrisa irónica en la comisura de sus labios que era menos visible para los padres de Nikki. Fue entonces cuando ella vio su cicatriz, una delgada marca blanca que atravesaba su mejilla derecha y llegaba hasta su barbilla. Era una cicatriz fina, como las que dejan los duelos. Estaba guay.

—Mucho —acabó respondiendo él—, una eternidad.

—No pareces haber pasado frío. De hecho, pareces... pareces estar a gusto.

Al oír esto, la madre de Nikki se dio media vuelta para examinar al extraño y ver así de qué hablaba su hija. Nikki vio como en sus ojos se reflejaba de repente la sorpresa, como sus fosas nasales temblaron ligeramente y como su cuerpo pasó de una actitud de cansancio a una de alerta.

El extraño se encogió de hombros.

—Llevo ropa adecuada para el frío. ¿Adónde vamos?

—A casa —dijo Nikki.

—Suenas bien.

El padre de Nikki se dio la vuelta de nuevo, de cara al parabrisas, y el Freelanders reanudó la marcha lentamente.

—¿Dónde está tu casa? —le preguntó al hombre.

—En ningún sitio y en todos.

—Ya veo. Y exactamente ¿dónde quieres que te deje?

—Dónde. —El hombre había echado la cabeza hacia atrás y cerrado los ojos, pero a través de su sonrisa Nikki pudo verle las patas de gallo y la cicatriz, toda estirada. Tenía un perfil muy imponente.

Una vez más, los envolvió un silencio violento. En el exterior, los sonidos eran acallados por la nieve, e incluso el motor del Freelanders parecía menos ruidoso que de costumbre. Dentro del coche, el ambiente se había enrarecido. Cualquier conversación no convencional puede dejar en el aire una sensación de incomodidad, de anticipación, un pensamiento de que alguien no tardará en decir algo que ate los cabos sueltos de todas las cosas raras que se han dicho. *Los cabos sueltos*, pensó Nikki, *no le gustan a nadie*. Aquel

extraño ya había dejado unos cuantos, que pululaban por el ambiente como cargado de serpientes, puede que venenosas, a la espera de que o ella o sus padres acercaran la mano.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó, porque estaba segura de que quería algo. Quizá que le llevaran a algún sitio, quizás algo más. Por cómo iba sentado, era obvio. Solo estaba pensando cómo decirlo.

El hombre le lanzó una mirada y volvió a sonreír, y en la comisura de sus labios se volvió a formar aquella arruga que el padre de Nikki no vería nunca por el espejo retrovisor, a no ser que realmente se parase a buscarla. Y ella esperaba que su concentración se limitase a la carretera.

—Vaya, gracias —dijo el hombre.

—¿Cómo? —exclamó el padre de Nikki.

—Lo que quiero es un momento de vuestro tiempo. —Parecía muy satisfecho consigo mismo. Esta vez no cerró los ojos al terminar la frase, sino que se quedó inmóvil mientras observaba a la familia y los recorría uno a uno con la mirada. Finalmente, volvió a quedarse mirando por la ventana como si buscase respuestas allí también.

*Seguro que le gustarían The Rabids*, pensó Nikki.

—Bueno, pues no vamos a ir a ningún sitio. —Era lo primero que decía su madre. Su tono no era demasiado amigable, y tampoco estaba demasiado claro lo que quería decir.

—Un momento de vuestro tiempo... —repitió el hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nikki, que se sintió repentinamente incómoda por estar sentada junto a alguien del que no sabía absolutamente nada.

—Brand<sup>1</sup> —contestó el hombre—, como si fuera una quemadura, una marca, un sello de propiedad. Yo tengo una marca, y su significado es único y lo abarca todo. ¿Te gustaría verla? —Arqueó una ceja y acercó la mano a la solapa de su abrigo.

---

<sup>1</sup> N. de la t.: *Brand* en inglés significa «marca», tal y como explica el personaje.

—No, gracias —declinó Nikki, y se preguntó a qué se referiría. ¿Sería una cicatriz? ¿Un tatuaje? Y ¿en qué parte de la piel de este extraño, que solo quería un poco de su tiempo, se encontraría esa marca, ese sello?

—Creo que deberías decirme adónde quieres ir —dijo el padre de Nikki al tiempo que aminoraba la marcha aunque no existiese ningún obstáculo en la carretera que se extendía frente a ellos—. De verdad, estamos a solo unos kilómetros de nuestra casa, llevamos unas cuantas horas de viaje y no tengo tiempo para desviarme demasiado... Dinos cuál es tu destino y veré si te podemos acercar.

—Mi destino es vuestra hija.

—¿Qué dices! —Nikki se echó para atrás todo lo que pudo, contra la puerta del coche, completamente segura de que lo había escuchado bien. Sin embargo, enseguida le entraron dudas, ya que sus padres no reaccionaron. *Lo ha dicho*, pensó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no tenemos tiempo para conducir a ningún otro sitio —contestó su padre, impaciente—, de modo que si el señor Brand es tan amable de decirnos adónde quiere ir, veremos lo que podemos hacer.

—A mí me vale cualquier sitio —dijo Brand. No estaba mirando a Nikki, pero ella estaba segura de que le había escuchado bien un segundo antes. Lo había oído tan claramente... Y además, sus palabras le habían provocado una punzada, como si hiciesen realidad lo que el extraño pretendía.

—Mira... —comenzó a decir su padre.

De repente, su madre dio un giro brusco en su asiento.

—Sal del coche.

—Tan solo quiero un momento de vuestro tiempo. —De nuevo, Brand giró la cabeza y se puso a observar la nevada. Nikki podía ver su cara reflejada en el cristal. La cicatriz parecía reciente y estaba roja. Él sonreía.

—Ese momento ya lo has tenido, y lo que estás haciendo ahora es empezar a... irritarme. Por favor, sal del coche. —Se giró hacia Dan—. Para, el señor Brand va a bajarse.

—Mamá... —replicó Nikki, pero su madre la silenció rápidamente con la mirada, una mirada que decía que le dejase a ella manejar la situación, que ella sabía lo que era mejor para todos. Se lo hacía ver tan a menudo que ya no necesitaba hablar para que Nikki supiera lo que estaba pensando.

Cuando el coche frenó, Brand meneó la cabeza, miró primero a Nikki y a continuación a su padre por el espejo retrovisor, como si de repente algo le hubiese venido a la cabeza.

—Ahí fuera hace mucho frío —dijo—, podría congelarme.

Justo antes de tomar la curva que se adentraba en el bosque, el Freelander se detuvo. Su casa estaba a poco más de un kilómetro y medio. Dos habitaciones para invitados, la calefacción esperándoles desde hacía cuatro horas, una nevera a rebosar y comida caliente en cuanto llegasen. *Podríamos ayudarle*, pensó Nikki, *a mí me parece que necesita ayuda*.

—Llevas ropa adecuada, tú mismo lo dijiste antes. —Su madre le estaba hablando cara a cara, ya no quería darle la espalda a aquel hombre. Estaba apoyada contra la guantera, lo más lejos posible de Brand. Nikki seguía echada contra la puerta: Brand ocupaba casi todo el interior de la parte de atrás.

Lanzó una mirada suplicante al padre de Nikki.

—¿Un momento de vuestro tiempo? ¿Estáis seguros de que no podéis dedicarme solo un momento de este excéntrico tiovivo que es vuestra existencia? Hoy en día los intervalos de atención son realmente escasos, ¿sabéis? Podéis echarle la culpa a la televisión, si queréis. Por lo que a mí respecta, yo le echo la culpa a Dios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la madre de Nikki.

—Bueno —prosiguió Brand—, si no fuese tan jodidamente inútil, ya se habría encargado de nosotros hace mucho tiempo.

Nikki cerró los ojos.

—¡Fuera! —gritó su madre—. ¡Fuera del coche ahora mismo! ¡Déjanos en paz!

Nikki mantuvo los ojos cerrados y escuchó como la puerta se abría y Brand se bajaba y como crujió la nieve cuando volvió a posar los pies en ella. Una ráfaga de viento helado azotó la

humedad que rodeaba sus ojos y su labio superior... no había reparado en que estaba sudando. Finalmente, la puerta del coche se cerró de golpe.

—¿Dónde está? —preguntó su padre.

Nikki abrió los ojos. Brand había desaparecido.

Su padre y su madre lo buscaron con la mirada durante un rato.

—Entre los árboles —dijo su madre, no porque lo supiera a ciencia cierta, sino porque aquel era el único lugar en el que alguien podría haber desaparecido tan rápidamente.

Entre los árboles.

—Quiero ir a casa —pidió Nikki—. Me siento mal, tengo que ir al lavabo. Quiero ir a casa.

Le había tocado a él sacar las cosas del coche. A la mierda la igualdad y el hombre moderno, cuando hacía frío y nevaba fuera, cuando las bolsas eran pesadas, era él quien tenía que encargarse. Normalmente, a Dan no le importaba, pero aquella noche no era normal. Aquella noche todo era raro de narices.

Estaba la ventisca, que nunca cesaba y lo cubría todo de nieve en un intento aparente de borrar primero el paisaje y a continuación su recuerdo. También estaba el inquietante desconocido que habían recogido, el bicho raro que había dicho llamarse Brand y que probablemente aún estaba merodeando por ahí fuera. *No sobrevivirá a esta noche*, pensó Dan. Igual que aquel tipo de la famosa foto del Medio Oeste norteamericano, el que se había enredado en un alambre de espino y se había quedado allí hasta que había llegado el deshielo y el calor, y con ellos la descomposición del cadáver. Por último, también estaba el hecho de que Megan, su esposa, con la que llevaba casado dieciocho años, le acababa de decir que quería volver a mudarse a la ciudad. A la misma ciudad que habían dejado seis años atrás por haber vivido malos momentos. La habían abandonado para trasladarse adonde estaban ahora. Él era inmensamente feliz con su vida actual, y había creído que Megan también.

No, desde luego aquel día no tenía nada de normal.

Dan hizo cinco viajes entre el Freeland y la casa, cargado hasta las cejas y sorprendidísimo porque, después de unas vacaciones, parecía que siempre traían consigo más cosas de las que se habían llevado. Solo habían estado fuera tres días, en un albergue de Cornualles que permanecía abierto todo el año, pero en tan poco tiempo sus maletas parecían haberse multiplicado en cantidad y volumen. O puede que fuese la nieve lo que le estaba agotando. Después de todo, había sido un viaje largo, y lo único que quería era desplomarse sobre el sofá enfrente de la chimenea con un buen libro y una cerveza.

Esperaba que Megan estuviese preparando algo caliente de comer mientras él descargaba el coche. Estaba seguro de que Nikki ya estaba su habitación, acicalándose frente a su espejo de cuerpo entero y muriéndose de ganas de hablar por teléfono con Jeremy, su atontado novio. Lo primero que había dicho el chaval al conocer a Dan había sido «*Hey, señor Powell, llámeme Jazz*», y desde entonces Dan le llamaba Jeremy siempre que podía, aunque solo fuese por una cuestión de principios. Era un chaval bastante agradable, relativamente preocupado por su futuro, que cuidaba su aspecto y bastante inteligente..., pero también era el chaval que salía con la única hija de Dan. Se convenció de que el sarcasmo y la precaución eran derechos paternales, porque recordaba cómo había sido él a esa edad: una glándula con patas.

Joder, Nikki tenía diecisiete años y era muy guapa, y Dan sabía que tenía que asumir este tipo de cosas.

En su último viaje del coche a casa vio algo moviéndose en el bosque. *No puede haber llegado hasta aquí en tan poco tiempo, ¿verdad?*, se preguntó Dan, y al dejar salir sus miedos del subconsciente, se dio cuenta de lo mucho que Brand le había incomodado. No es que aquel tipo fuese raro, es que daba miedo, y el modo en que miraba a Nikki... Dan le había visto hacerlo por el retrovisor, ya que le iba controlando de reojo cada dos segundos. Estaba seguro de que su hija no se había dado cuenta de que le estaban poniendo nota, o de lo contrario habría dicho o hecho algo, ¿no? Por supuesto que no se había dado cuenta... si solo

tenía diecisiete años. Y luego el tipo se había puesto a soltar todo aquel rollo tan raro, pidiéndoles un momento de su tiempo cuando ya habían parado para refugiar a aquel idiota de la ventisca. Cuando habían dicho que iban a casa, él había señalado lo bien que sonaba eso, pero luego había dicho que él no tenía casa. Por no mencionar sus comentarios sobre Dios, que eran lo menos indicado para decir en presencia de Megan y que garantizaba un ataque de histeria justificado. Y así había sido. Era casi como si Brand hubiera sabido que sus palabras enfadarían a Megan y la sustraerían del mudo caparazón que la había rodeado casi todo el trayecto.

Puede que aquello fuera lo había molestado más a Dan. Detestaba la idea, pero también detestaba el hecho de que hubiese sido Megan la que había acabado echando del coche a aquel elemento, y no él. Su tarea era la de protector... Había fallado una vez, eso era cierto, pero nunca jamás volvería a hacerlo. Y aun así, esta noche su esposa había sido la que había tenido la última palabra. Ella había pasado a la acción mientras que él se andaba con rodeos.

Bueno, si hubiera tenido que hacerlo, habría parado el coche y sacado al tipo del asiento trasero.

Vio que algo volvía a moverse entre los árboles. Puede que fuese la nieve que resbalaba de los árboles, cargaba sus ramas y acababa por partirlas. Dan sabía que después de una tormenta como aquella el número de árboles perjudicados por la nieve sería mucho mayor. Se detuvo para ver si había algo entre el follaje, pero el peso de las bolsas que llevaba consigo comenzó a dañarle los hombros.

Un rostro. Dan vio un rostro entre los troncos, fuera de perspectiva, por supuesto, pero estaba allí y estaba sonriendo. Una ráfaga de viento y nieve azotó el camino de entrada a la casa e impidió que Dan pudiera ver nada más durante unos segundos. Entrecerró los ojos y encogió los hombros al tiempo que doblaba las piernas para apoyar las bolsas en el suelo, todo ello mientras hundía la cara en el cuello de su chaqueta para protegerse del



viento helado. Se fue tan pronto como había llegado y volvió a levantar la mirada. El rostro había desaparecido.

En su lugar había una rama, que se había desprendido de un árbol y que se erguía ahora por encima del escaso metro de nieve que lo cubría todo. La amarillenta y carnosa parte del tronco de la que se había desprendido era claramente visible. Allí no había nada más. Ningún Brand, ningún desconocido, ningún idiota lascivo que estuviese espionando la casa desde la penumbra.

Dan se dio media vuelta, entró en el recibidor y cerró la puerta con el talón. Dejó caer las bolsas sobre el suelo de la cocina y cerró los dos pestillos de la puerta tras de sí. Más vale prevenir que...

—¿Ya cierras la puerta?

—¡Dios! —Dan pegó un salto.

—Dan... —dijo Megan, extrañada.

—Perdona, cariño, me has asustado. Sí, pensé que sería mejor cerrar la puerta ahora. ¿Por qué? ¿Estás pensando en dar un paseo?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—El paseo más largo que daré esta noche será a la cama. Pero antes de eso... —Señaló el microondas con un gesto teatral, se colgó un paño del brazo como un camarero cualquiera y pasó a abrirlo—. Su pollo *tikka massala*, su lata de cerveza y su sillón le aguardan, caballero.

—¿Y qué hay del hombre moderno? —preguntó Dan mientras respiraba el aroma de especias.

—Olvídate de eso. Tú descargas el coche, fortachón, ¡y yo preparo la cena!

Dan abrazó a Megan y hundió la cabeza en su pelo. Todavía brillaba, húmedo, por los restos de nieve que le habían caído encima antes de entrar en casa.

—¡Y después tomaré posesión de lo que me corresponde lícitamente, mujer! —Le agarró el trasero y soltó un gruñido.

—Madre mía, qué asco —dijo Nikki desde el umbral de la puerta.

Dan y Megan soltaron una risita a modo de defensa, porque ninguno de los dos quería admitir delante de su hija que estaba avergonzado.

—Pensaba que estarías al teléfono con Jeremy —dijo Dan, sacándole todo el jugo al fugaz gesto de fastidio que cubrió la cara de su hija durante un momento.

—Jazz no está.

—¿Está fuera con este tiempo? —preguntó Megan, sorprendida.

—Se ha ido a casa de Jesse. ¿Qué hay de cena, mamá?

—Una nevera llena de platos precocinados y un microondas.

Nikki chasqueó la lengua y salió disparada hacia el microondas para hacerse con la cena de Dan.

—¡Oye, ni lo pienses! —Su padre fue más rápido—. Para ti pan y agua, si quieres. Y mañana, si te portas muy bien y te pones los guantes y la bufanda, te llevaré de paseo para hacer un muñeco de nieve.

Nikki miró al techo en un gesto de hartazgo y salió hacia el salón. Megan le dedicó una sonrisa a Dan y le dijo que iba al lavabo, así que él se quedó a solas en la cocina con su curri, su cerveza y la terrible idea de que todo estaba llegando a su fin.

«Quiero volver a la ciudad», había dicho Megan, «Necesito más amigos. Y en serio, no es más peligrosa que este lugar, ¿verdad? De madrugada cualquiera podría salir de ese bosque y entrar en casa...»

El ataque había tenido lugar en la ciudad. Seis años atrás, un periodo de tiempo muy corto en el recuerdo de ambos. Megan debía de detestar el campo.

Dan recorrió las losas del suelo con la mirada, la enorme e incandescente estufa del rincón, el antiguo aparador galés erosionado por el tiempo y por generaciones de críos. Y se dio cuenta de lo en serio que se lo tomaba Megan, porque solo lo había dicho una vez. Insistir excesivamente sería diluir su determinación. Debía de haberlo estado pensando durante bastante tiempo, y lo peor de todo era que él ni siquiera lo había presentido. Amaba a su esposa, se desvivía por ella, se moría de ganas de envejecer a su lado... pero en ocasiones no la conocía en absoluto.

Fuera, bajo la nieve, se oyó un grito.

---

Megan sentía la necesidad de rezar.

Dentro del Freelander algo la había hecho revolverse, no solo en su asiento, sino también en su mente. Algo había eliminado de golpe su sensación de aburrimiento, la había hecho pegar un salto, darse la vuelta y espetarle aquello al hombre. La había hecho ser grosera, tenerle miedo, echarlo del coche, sentir la necesidad de que se bajase, exigirle que los dejase en paz. Y todo esto sin que el desconocido hubiese hecho nada malo.

Fue al lavabo y después a su habitación, se sentó en la cama y cogió la Biblia que descansaba sobre su mesilla de noche. La apretó contra su pecho y cerró los ojos.

*«Yo era un extraño y tú me acogiste.»*

Ellos habían acogido a Brand, pero solo durante unos minutos. Solo hasta que algo había cambiado dentro del coche. No podía concretar lo que había sido ni en qué momento, pero la había irritado profundamente, la había alertado sobre la situación y le había exigido que actuase.

El segundo que miró a Brand a los ojos (mientras le gritaba que los dejase en paz, que saliese del coche, que los dejase tranquilos) le bastó para darse cuenta de que volverían a verle. Esto lo preocupaba más que asustarlo, porque un hombre así podría querer venganza, un hombre así...

¿Cómo? ¿Un hombre cómo? Un viajero helado de frío (aunque cuando ella se había dado la vuelta para mirarlo no lo parecía; estaba pálido, pero no parecía tener frío), un caminante cansado que atravesaba la ventisca a duras penas (aunque llevaba rato de pie en el arcén, esperando que parase algún coche, según había dicho, esperando...).

Megan recitó la oración del Señor en voz baja porque de ese modo Él estaba más cerca de ella, y ella de Él. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta por fin de por qué Brand la había aterrorizado tanto.

No era la primera vez que veía una mirada como la suya.

Había visto esa mirada en el hombre que la había atacado.

Abrió la Biblia y pasó las páginas con el aliento entrecortado y el corazón latiendo con fuerza. Dios santo, recordaba aquella mirada,

no había olvidado cómo aquel hombre la miraba fijamente desde las alturas, sin compasión ni remordimientos, riéndose mientras la golpeaba con los puños. Y ella solo había esperado no volver a encontrarse con una mirada como aquella nunca más en su vida.

Dentro del coche estaba oscuro y ella estaba cansada. Aquel hombre, Brand... había dicho unas cosas muy extrañas. Desde luego no tenía claro lo que había visto exactamente, y el estar sentada durante todo el viaje pensando en regresar a la ciudad no podía haber sido de mucha ayuda. Llevaba fantaseando con la idea unos cuantos meses, y aquella mañana, en la cama, se lo había dicho a su marido. No era la mejor manera de terminar sus pequeñas vacaciones, era consciente, porque Dan adoraba su nuevo hogar. Puede que su corazón le pidiese mudarse, pero ¿le pedía también romper el corazón de su marido en el proceso? Y ¿podía realmente vilipendiar a un hombre solo por su mirada?

No lo sabía. Estaba confusa. Aunque solo eran las siete, fuera parecía de noche. Era abril y había una ventisca, y puede que su marido la odiase un poco en un día así. Y la mirada de Brand...

Estaba cansada. Había sido un viaje largo, estaba preocupada por lo que le había dicho a Dan, habían tenido a un desconocido en el coche... ¡Nikki estaba creciendo tan rápidamente! Estaba cansada, muy cansada.

Volvió a posar la Biblia sobre la mesita, se acurrucó bajo el edredón y cerró los ojos.

Lo próximo que supo fue que era de día, y que su mundo nunca volvería a ser el mismo.

Más tarde, cuando su padre y su madre ya se habían acostado, Nikki observaba el maravilloso paisaje a través de la ventana de su habitación. Había dejado de nevar hacía una hora y el cielo se había despejado, y la luna y las estrellas iluminaban ahora el bosque nevado. Estaba cansada y aquello le inspiraba una sensación soñadora, como si se acabara de fumar un porro o hubiese estado de borrachera la noche anterior. Estaba intentando componer una

canción. The Rabids hacían un montón de versiones, pero para ella la única manera de llegar a algún sitio era escribiendo su propio material. Jesse y Mandy estaban de acuerdo con ella, pero Jazz pensaba que era un aburrimiento.

Lo que quería Nikki era escribir poesía, y si además podían transformarla en música, pues estupendo. Pero tenía la mente en blanco.

El paisaje era precioso. Sobre los árboles se desplegaba un millón de puntos de luz estelar, todos y cada uno de los copos de nieve dejaban su huella y los carámbanos formaban signos de exclamación en medio de la noche. En la entrada aún había alguna huella de cuando habían llegado, horas atrás, pero la nieve las había cubierto casi por completo. Y reinaba un silencio absoluto. Normalmente por la noche se oían ruidos, pero aquella noche la nieve lo silenciaba todo. Si había alguna criatura ahí fuera con el tiempo que hacía, se movía despacio y su alimento y refugio estaban ocultos por la nieve, que podía acabar siendo su verdugo.

Las palabras seguían sin venirle. Dejó escapar un suspiro, cerró los ojos y vio a Brand.

Volvió a abrirlos de golpe y examinó las profundidades del bosque. ¿Dónde dormiría esa noche? ¿Qué calor encontraría ahí fuera?

—El calor de mi cama —susurró, con miedo de hablar demasiado fuerte por si la frase atravesaba la nieve y le alcanzaba a él. Después de todo, lo que estaba haciendo era medir las palabras, pesarlas. Ver lo que sentía cuando las tenía en su boca.

Bajo los árboles no se produjo ningún movimiento, pero eso no quería decir que Brand no estuviese allí.

Nikki se desplazó a su tocador y se cepilló el pelo, con la mirada fija en el espejo y la ventana a sus espaldas, un cuadrado blanco que brillaba en la oscuridad. Se desenredó los nudos de su melena caoba y no dejó de cepillarla hasta que estuvo lisa. Se puso un poco de crema en las mejillas y el mentón, quemados por el viento, y se desmaquilló lo mejor que pudo. Durante todo ese tiempo no

dejó de mirar el reflejo de la ventana en el espejo, los campos cubiertos de nieve del exterior y la superficie virgen que aguardaba que alguien la marcara con sus huellas.

Encendió la lamparilla de la mesita de noche y se desvistió para irse a la cama con las cortinas medio abiertas.

## El libro de las mentiras

El amor es un cerebro cálido, no un corazón saltarín. Los científicos dicen que lo han probado, así como también han demostrado que la asociación con un lugar no hará que una persona o cosa se encariñe necesariamente con ese lugar. El lugar es importante, por supuesto, pero el amor lo es más. ¿Qué es un lugar sin un amor por el que estar en él? Un recinto vacío, un escenario sin sorpresas, un auditorio sin acústica que transmita los pensamientos y emociones de un compositor que se ha quedado con las ganas.

Así que escucha esto, deja que te diga la verdad... lo que cuenta es con quién estás, no dónde estás.

Un lugar puede ser cualquier lugar en cualquier momento. Tomemos como ejemplo el lugar donde tú estás ahora. Hace diez millones de años puede que fuese un pantano con árboles que sobresalían de sus turbias aguas, con viñas que se erguían hacia la luz del sol, con enormes hojas que dotaban de vida a los árboles y de refugio a todas las criaturas que vivían debajo. Lagartos, escorpiones, insectos y aves de todo tipo que ponían su nido en las ramas, se alimentaban de hojas y se acurrucaban sobre la húmeda y viva corteza durante una noche y no más. Y las aguas, el pantano, rancio por el olor a muerte, pero aún dando vida a lagartos que nacen y perecen en su regazo. De vez en cuando, un chapuzón de alguna criatura más grande (un oso o un lobo, quizá), pero la mayor parte del tiempo las únicas molestias son las serpientes de agua que salen a la superficie a respirar o los cuerpos inertes que caen de los árboles

y pasan a formar parte del fértil fondo del pantano. El aire huele a podrido y a flores, el sabor de las lluvias es fresco y puro.

Cinco millones de años después. Un desierto, quizá, que se ha visto despojado de toda flora por siglos de sequía o una inexorable década de lluvia que pudrió las plantas y las aplastó contra el suelo para darle así a la arena la oportunidad que necesitaba para levantarse y tomar el relevo. Hay unos cuantos animales, pero ninguno de ellos se asemeja a los que han vivido allí antes, ninguno personifica o recoge el eco de los huesos que yacen bajo ellos. Los aromas son templados y polvorientos, el aire sabe exclusivamente a calor, sin el más mínimo indicio de humedad en absoluto.

Y ahora, el lugar que ocupas tú, en donde lees... ¿lo consideras civilizado? ¿Miras a tu alrededor sin dedicar un solo pensamiento a los pantanos y los desiertos que yacen por debajo de ti y muy por detrás en el tiempo? Pues claro que sí, porque el cambio es inherente a las cosas.

Un lugar puede morir y volver a nacer como algo totalmente diferente, muchas veces. Un lugar no es eterno, ya que la evolución no lo permite. La naturaleza sigue su curso. Si no avanza, si no se transforma, se quedará estancada.

El amor, en cualquier caso, es inmortal. Y eterno.

Si el lugar se antepone al amor declarado, entonces se trata de un amor que nunca existió.



En cuanto se despertó, Megan se sintió inquieta, agitada. Solía reaccionar así siempre que soñaba con el hombre que la había atacado. Con el paso del tiempo había dejado de pasarle tan a menudo, y cuando soñaba con él no era tan terrible como al principio, sino que lo que veía eran insinuaciones más que reproducciones gráficas de la horrible pesadilla a la que había sobrevivido. Pero aquella noche no había soñado con el ataque, de eso estaba totalmente segura. No sentía la cara dolorida por los puños de aquel cabrón.

Aquella noche había soñado con lugares oscuros salpicados de destellos de luz aislados, destellos intermitentes que escondían algo invisible, algo que corría sobre el hielo haciéndolo crujir bajo sus pies y haciendo volar esquirlas que resplandecían o se derretían en el aire. En ocasiones los pasos sonaban oscuros, claro que lo oscuro solamente se puede oír en los sueños. Alguna vez también percibía el sonido de la luz, el buen olor, el gusto..., pero incluso estos elementos positivos eran engañosos. Eso lo sabía, y mientras recordaba aquella oscura y retorcida sensación de inquietud, lo confirmaba. La criatura de su sueño era astuta e inteligente. Sabía fingir.

Se quedó en la cama unos minutos mirando al techo y a la luz que se reflejaba en él, particularmente uniforme, que provenía de la nevada de fuera. Los pájaros piaban alrededor de la casa y más lejos, en los bosques, quizá maravillados por aquel paisaje nuevo, aquella

nevada que todo lo cubría y que les esperaba aquella mañana. O puede que estuviesen llorando su propia muerte: ese día no encontrarían demasiada comida.

Megan les alimentaría. Su familia había estado fuera tres días, así que sus comederos seguramente ya estarían vacíos. Se puso en pie, olvidó los sueños por un momento (o al menos los hizo a un lado), se puso la bata y bajó las escaleras pesadamente. Dan ya estaba despierto y podía oírlo en la cocina, que despedía un olor a panecillos y beicon que la arrastraba hacia abajo. Las losas del suelo estaban frías, así que tuvo que caminar de puntillas. No le importaba, así era más fácil darle el beso de buenos días.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Dan.

—*Hmmmm*. —Todavía estaba un poco distraída y preocupada. Si pudiera recordar su sueño entero quizá pudiese disipar aquella sensación, pero solo retenía momentos sueltos, extraños y escurridizos.

—¿Eso es bueno o malo?

Ella besó de nuevo a Dan y se sentó en la cocina americana.

—Perdona, he tenido un sueño raro.

Dan no se dio media vuelta, pero ella vio como sus hombros se tensaban y le daba la vuelta al beicon más lentamente.

—Ese no —se apresuró a decir—. No sé qué sueño era, pero no era ese. Lo que pasa es que me ha dejado una sensación... extraña.

—Panecillo de beicon marchando, ¡ya verás cómo te espanta todos los sueños raros! —Dan sacó un panecillo del horno y le metió dos lonchas de beicon dentro, un huevo frito y un gordo taco de queso.

—Eso —señaló Megan— debe ser la cosa menos saludable del mundo.

—¿Café fuerte, con cafeína, azúcar y nata?

—Por supuesto.

Él se lo sirvió en la taza y ella dio un mordisco al panecillo.

—Hoy hace una mañana preciosa. Creo que deberíamos salir de paseo. Despierta a Nikki y pregúntale si quiere venir con nosotros.

Megan negó con la cabeza e intentó murmurar algo mientras masticaba la comida caliente antes de tragarla.

—No, yo voy a dar de comer a los pájaros y luego hay que organizar lo que hemos traído de vuelta y poner la lavadora. Mañana vuelvo al trabajo.

Dan se le acercó y le besó la cabeza mientras le masajeaba los hombros.

—Sí, ¡pero el último día de vacaciones es hoy! —Deslizó las manos a sus pechos y los apretó ligeramente.

Megan cerró los ojos y el impacto de los pasos que resquebrajaban la nieve en su sueño volvió a adueñarse de su mente, así como la inquietante sensación de su oscuro sonido. Apartó las manos de Dan de su pecho y se terminó el panecillo.

Nikki les sorprendió a los dos levantándose antes de las diez, y en cuanto se abrió paso en la cocina como una zombi, su madre salió a rellenar los comederos de los pájaros.

Poner los pies en el jardín fue como adentrarse en una realidad ligeramente modificada. Para empezar, los sonidos eran diferentes. Era como si la nieve hubiese limpiado el aire; el piar de los pájaros y el goteo del agua de las alcantarillas era tan nítido como la nieve misma. Los pasos de Megan sobre la escarcha del césped sonaban asombrosamente altos, como si alguien cogiese unas hojas secas del suelo y las frotase entre sus manos junto a sus oídos. La sensación era increíble: su pie hacía presión, traspasaba la primera capa de resistencia, se hundía un poco más, se encontraba con más resistencia y se volvía a hundir. Cada paso consistía en una docena de movimientos, de modo que le llevó un buen rato alcanzar el manzano que yacía al fondo del jardín.

En cuanto entraron a vivir en aquella casa, Dan quiso talarlo, pero Megan se había empeñado en conservarlo porque le encantaban los árboles muertos. Los vivos le gustaban porque eran la obra de Dios, y no había nada más glorioso que aquello, pero los muertos tenían un aspecto tan... atemporal. Y además el manzano estaba apartado al final del jardín, de modo que no se interponía para nada.

De él colgaban ocho comederos en diversos estados de dejadez, de lo cual se podía culpar a las ardillas. Megan se puso a rellenarlos con la bolsa de alpiste que llevaba consigo, consciente del excitado

gorjeo de los pájaros que había posados sobre la valla. Los más valientes ya se habían subido a las ramas más altas, listos para precipitarse sobre el primer comedero lleno en cuanto ella pasase al siguiente. Megan miró hacia arriba. Herrerillos, jilgueros, carboneros palustres... un par de veces incluso había visto un pájaro carpintero en el jardín, y esperaba hoy que viniese desde el bosque para buscar un poco de comida.

Rodeó el árbol y cuando estuvo junto a las ramas más alejadas de la casa vio las marcas que había sobre la nieve. Paró en seco. Podían ser cualquier cosa: hoyos que hubiesen cavado los pájaros, huellas que acabase de dejar ella o simplemente un curioso efecto de derretimiento. Sin embargo, la capa de hielo que había sobre la nieve era demasiado gruesa para que unos pajarillos la penetrasen, huellas suyas no podían ser porque aún no había llegado hasta esa parte, y los carámbanos que colgaban de las ramas del manzano eran sólidos y no goteaban. El deshielo no había llegado y no había nada que pudiese haber causado aquellos agujeros, nada en absoluto...

Y fue entonces cuando vio que las marcas tenían una sucesión de derecha e izquierda, a modo de pasos, pero que estaban demasiado separadas entre ellas como para ser suyas. Quienquiera que hubiese dejado esas huellas, tenía que haber estado corriendo, galopando sobre aquella superficie virgen. Los agujeros no tenían la forma de un pie humano: en lugar de ser alargados y estrechos eran redondos, como si la criatura que los había causado hubiera estado desplazándose sobre los puños. Las huellas llegaban hasta la valla y continuaban al otro lado, atravesando la pradera en dirección al bosque. Todavía quedaban montículos de nieve intactos sobre la valla, así que quien había dejado esas huellas había tenido que esquivar los portones de casi cuatro metros.

*Debe de haber sido un ciervo*, pensó Megan. De vez en cuando bajaban de las colinas a darse un paseo, y en un par de ocasiones Dan y ella habían encontrado pruebas de que habían saltado la valla y merodeado por el jardín durante la noche. Puede que el clima actual los estuviese haciendo más atrevidos y desesperados. Megan deci-

dió seguir el rastro para comprobar si sus plantas habían sido dañadas. Dan era el jardinero de la casa, se pasaba las horas cavando, abonando y atendiendo las plantas, pero ella apreciaba su belleza tanto como él. Su marido detestaría ver el fruto de todo su trabajo pisoteado o devorado.

Megan siguió las huellas en dirección contraria a la valla, caminando junto a ellas para que permaneciesen intactas, aunque no sabía muy bien por qué quería conservarlas. ¿Para que las viese Dan? Quizá. Pero sabía que seguir aquellas huellas le haría sentirse mal, y no solo eso, sino que también sería peligroso. Era como si quien las había dejado estuviese allí todavía, en posesión del espacio que había sobre ellas, y adentrarse en aquel espacio sería conocer lo que había ocurrido en él antes.

Pasos fuertes, crujientes y rápidos, tan poco naturales...

Megan continuó siguiendo el rastro, que daba una curva, atravesaba el césped y se aproximaba a la casa, y al tiempo que avanzaba trabajosamente a través del más de medio metro de nieve, los sonidos, las vistas y los olores a su alrededor cambiaron de repente. Levantó la mirada rápidamente y por un momento pensó que era un cambio literal, pero después vio lo que había cambiado. Ya no se sentía sola ahí fuera. Estaba caminando casi sobre las huellas de otro, y puede que aún estuviese utilizando los sentidos de su sueño. Se sintió observada.

Echó una mirada al bosque que había a sus espaldas, y justo en ese momento un árbol se desplomó. Golpeó el suelo y la nieve formó un polvo blanco a su alrededor que enseguida se dispersó. En el bosque todavía estaba oscuro. El sol alumbraba su jardín ahora que había amanecido, pero el bosque estaba más oscuro que nunca, con las bóvedas de los árboles cubiertas de nieve que no dejaba pasar la luz.